

CAPÍTULO XIV

EN EL CAMPO ENEMIGO

El partido de la guerra, representando minoría en una población de treinta mil almas, ¿con qué elementos contaba para pretender arrancar un gran territorio á una nación de más de siete millones de habitantes? ¿Con el ejército de los Estados Unidos? ¿Con las numerosas huestes y *mesnadas* de los barones de la esclavocracia sudista? Houston, el amigo del presidente Jackson, y el Dr. Archer nos van á ilustrar en tan interesante materia.

Houston escribía al general Jackson desde *Natchitoches*, el 13 de Febrero de 1833 y entre otras cosas de poco interés le dice :

« México está envuelto en la guerra civil. La Constitución Federal en realidad nunca ha regido. El gobierno es esencialmente despótico y lo será más cada día. Los empleados no tienen honradez y el pueblo carece de inteligencia. »

« El pueblo de Texas está resuelto á formar un Estado separándose del de Coahuila y sólo que

México vuelva pronto al orden y que la Constitución gobierne prácticamente, el territorio de Texas volverá á formar parte de la Federación mexicana. Han sido batidas y expulsadas las tropas mexicanas (1832) y no se les permitirá volver. *Texas sin apoyo exterior puede defenderse contra todo el poder de México, pues realmente México no tiene poder, ni dinero para nada serio.* Su necesidad de dinero en relación con el curso de las cosas en Texas hará que inevitablemente Texas pase á manos de otra nación y si los Estados Unidos no se apresuran á aprovechar, Inglaterra lo hará seguramente (1). »

En Febrero de 1836, Houston en su proclama al pueblo de Texas, decía : « Podemos levantar 3.000 hombres en Texas y 1.500 bastarán para derrotar á todas las fuerzas que Santa Anna envíe al río Colorado (2). » El desprecio de Houston por el ejército mexicano era inmenso é inalterable.

En Diciembre 14 de 1835, el Dr Archer, dueñista y revolucionario de profesión escribía al gobernador de Tennessee :

« Nada de más cuerdo que un puñado de hombres resueltos pretendamos quitar Texas á México. Ésta es una nación donde todos son militares y en la que no hay ejército. Lo que así se llama en el país es una reunión armada y tumultuosa, sin

(1) Yoakum, *History of Texas*, tomo II, Apéndice.

(2) *Obra citada*, tomo II, pág. 109.

principios, sin patriotismo y sin más mira que enriquecerse por el robo y el peculado. A los militares de aquí, todo les agrada siendo vicios y pillaje, pero no batirse. Los soldados detestan á sus jefes que los explotan, los martirizan y los tratan como animales domésticos, útiles para la industria del *pronunciamento*. En las guerras civiles no hay más que encuentros de cobardes que procuran mutuamente derrotarse con disparos á distancia que los hacen inofensivos; eso sí, el que primero huye asustado por solo el ruido, es asesinado por su contrario que necesita sangre para ponerla en la historia de sus falsas hazañas. Ciertamente que si los 25.000 hombres que sostiene armados México, fueran un ejército, no intentaríamos nada sin el apoyo del ejército de los Estados Unidos (1) ».

El coronel Burleson escribía en la *Gaceta de Alabama*, de 2 de Enero de 1836 : « No obstante que sólo somos un grupo de agricultores, desesperados y sin disciplina, no hemos conseguido hasta ahora ver pelear á los soldados mexicanos fuera de trincheras. El campo raso les produce pánico y sólo pueden disparar mal sus fusiles cuando están abrigados. Si no vamos á ellos nunca vendrán sobre nosotros. »

Tan mal concepto de nuestro ejército en 1836,

(1) Edward, *Texas*, pág. 420.

no era exclusivo de los texanos. En Europa no lo había mejor. Encuentro en una publicación tan seria y caracterizada como la *Revue des Deux Mondes* un estudio sobre la República mexicana, en que se hacen las siguientes apreciaciones de nuestro ejército :

« No hay entre los oficiales ni *tenue*, ni disciplina, ni respeto por las conveniencias, por el grado ó por el rango : un teniente entra á una taberna y pega con la mano á su coronel sobre la espalda y se embriaga con él. Uno de estos últimos confesaba que nunca había logrado que sus oficiales fuesen á las maniobras de instrucción. En efecto, de lo que menos se ocupan es de su profesión y como su servicio se limita á muy poca cosa, pasan su tiempo en las casas de juego ó en los lupanares. Un capitán jugó un día y perdió el sueldo que acababa de recibir, jugó después los galones de su pantalón y los perdió también, la suerte fué aún contraria y entonces jugó sus charreteras. Tales son las ocupaciones ordinarias de estas gentes, desde el general hasta el sargento. Sus sueldos siendo pagados sin exactitud, los señores oficiales tienen á menudo la bolsa vacía y por salir de apuros, el jefe suele desertar con la caja del batallón, el capitán con la caja de su compañía y el sargento con los haberes de sus soldados; todos hasta los cabos tienen su pequeña industria.....

En cuanto á los generales especulan en grande, se venden á todos los partidos políticos..... (1) »

Continúa la misma publicación :

« Del lado de la bravura, los portadores mexicanos de charreteras no son más recomendables que del lado de la moralidad, de la instrucción y de la capacidad..... Llegados al lugar del combate cada oficial grita á sus soldados : *Adelante muchachos* y al mismo tiempo toma gran cuidado de librarse de los proyectiles enemigos, sea echándose á tierra ó cubriéndose detrás de algún abrigo protector ».... Tales son los jefes mexicanos, *los héroes, los inmortales*, cuyos panegíricos llenan las columnas de los diarios de su país (2) ».

« En campaña los ejércitos beligerantes no son nunca numerosos, pues desde que el soldado huele la pólvora arroja sus armas y deserta con más facilidad y en mayor número que en tiempo de paz. Una reunión de 400 hombres armados forma una división, dos mil combatientes forman *un gran ejército de operaciones*. Después de tres ó cuatro meses de preparativos, si la colisión llega á ser inevitable, el grande ejército de operaciones

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1º. de Julio de 1836, Biblioteca Nacional. — Biblioteca Nacional, 2ª. Serie, Documentos para la historia de México.

(2) *Revue des Deux Mondes*, 1º. de Julio de 1836, pág. 90, Biblioteca Nacional.

marcha hacia el *enemigo*. Este enemigo no es otro que una banda de *pronunciados*, pues hasta ahora los mexicanos no tienen más enemigos que ellos mismos. Si el enemigo que se va á atacar está á cien leguas, la marcha dura dos ó tres meses y ¡qué marcha ó más bien qué desorden! En fin, el enemigo es alcanzado. Nada de disposiciones estratégicas, nada de maniobras que aconsejan la prudencia ó que denotan la habilidad de un jefe. Desde que los beligerantes se aperciben se provocan con injurias. ¡*Vengan, cobardes, alcahuetes, chivatos!* Los aludidos responden con las mismas palabras. Al fin se deciden á cambiar algunos tiros, pero á una distancia que permite hacerlo impunemente. Tales son durante tres ó cuatro días los preliminares de la batalla pues juegan á quién no atacará. Los oficiales cuya modestia alcanza hasta compararse con nuestros generales los más célebres, dicen que en esto siguen el ejemplo de Napoleón que no atacaba nunca primero... En todo caso la acción no dura largo tiempo pues tan luego como uno de los contendientes ve caer por lo menos treinta de los suyos, cede el terreno. Una vez rechazados no se intenta reorganizarse y restablecer el combate; el desorden es general, un *saue qui peut* espantoso. En la batalla del *Gallinero* un general al huir corrió cincuenta leguas en un día y una noche ».

Para bien batirse no es que les falte valor en lo general. Nuestros indígenas tienen razón en desertar, cuando se les quiere obligar á derramar su sangre por la ambición de un condotiero ó por un principio abstracto que no entienden. El valiente no puede poner su sangre á disposición de todas las causas, de todos los ambiciosos y de todos los *cuartelazos*. La gran mayoría de los oficiales que figuran en luchas intestinas personalistas, buscan un ascenso ó un empleo civil en donde si es posible se pueda robar, y si esto se puede obtener batiéndose mal, ¿para qué exponer la vida batiéndose bien? ¿Por el honor militar? Las guerras civiles crónicas tienen por base la defección crónica del ejército y este delito es opuesto á todo honor militar.

Hay que recordar la inalterable frase de Napoleón : « *es preciso no confundir á un hombre con un soldado* ». Un soldado se bate igualmente bien por una causa sagrada, por una mala causa, por falta de causa. Pero sólo puede haber verdadero oficial y verdadero soldado cuando hay disciplina y los ejércitos que fabrican *cuartelazos* no la tienen ni pueden tenerla; luego en ellos no puede haber sino por excepción y en corto número verdaderos soldados.

Ya lo he escrito y probado, el régimen de los *cuartelazos*, determina en cualquier ejército el ré-

gimen del deshonor, de la prostitución, de la cobardía. El pretorianismo es una escuela de maldad y degradación, no un crisol para sublimar virtudes. Una guerra civil puede ser sangrienta, heroica, cubierta de hazañas memorables, envuelta en glorias ardientes y puras, pero esto no puede suceder de un modo crónico. Un tifoso puede resistir tres semanas, fiebre de 40°, profunda adinamia ó espantoso delirio, falta de alimentación, y un corazón vacilante, torpe, casi *asistólico*; pero sería absurdo pretender que el tifo con su gran cortejo de terribles síntomas durase tres ó cuatro años. La sociedad es un organismo, diferente del individual pero idéntico en la propiedad de no resistir al estado agudo crítico más que corto tiempo. Cuando una enfermedad aguda pasa al estado crónico, los síntomas mortales desaparecen ó degeneran hasta parecer inofensivos ó indiferentes. Cuando una sociedad adquiere el estado crónico de guerra civil, los síntomas mortales de la guerra aguda y tremenda dejan de existir ó se degradan : el heroísmo desaparece, el *espíritu de sacrificio* se convierte en espíritu de lucro ó de rapiña, el patriotismo desinflamado se convierte en *culinarismo*, la sed de gloria se vuelve sed de taberna, el culto medioeval al honor, se torna en culto á la defección, á la ingratitud, á la traición; y el valor personal no reconociéndose

necesario para cultivar el arte de ser despreciable, desaparece de una escena en que todo se puede alcanzar por medios viles.

En México comenzamos por una guerra civil, la de Independencia, grandiosa, heroica, cruel, volcánica, aterradora; para irnos después degradando como era natural por la cronicidad del fenómeno hasta llegar á la *bufa guerra civil llamada de los polkos*. Antes de la guerra de Reforma, que fué grandiosa por lo mismo que se disputaban principios tan nobles como en la de Independencia, nuestras luchas civiles de *torre á torre* y de *cerro á cerro*, sin sangre y sin valor, llegaron á inspirarnos profundo desprecio.

Las apreciaciones desfavorables texanas y europeas sobre nuestro ejército de 1836, si son exactas aplicadas á la guerra civil crónica, no lo son enteramente tratándose de la guerra extranjera. El aspecto de una conquista es tan ofensivo, el desprecio por los conquistados tan bochornoso, la amenaza del yugo extranjero tan punzante, el desmembramiento nacional tan trágico, el ultraje á la dignidad pública tan profundo, que es indispensable mucho sufrimiento interior, sin esperanza, en un pueblo, para que este desesperado considere como salvación una conquista.

Pero en la clase opresora se agrega á su sacudimiento penoso moral ante una invasión extranjera, los impulsos enérgicamente defensivos dictados por

la ley de propia conservación y la de la dominación adquiridas, y entonces la aparición del peligro extranjero obra en un ejército pretoriano como algo depurador, como algo antiséptico, como algo desinfectante. La conmoción social que determina la amenaza de una conquista en la clase opresora principalmente, es tan fuerte que determina una reacción violenta é irresistible, *aunque nunca general ni completa hacia el honor*, el patriotismo, el espíritu de sacrificio, hacia la necesidad de cumplir altos y gloriosos deberes.

El militar valiente es inútil en el programa de la guerra civil crónica donde los *ascensos* y la *riqueza* se obtienen por las defecciones, la adulación, y la cobardía. Cada *cuartelazo* causa de uno á seis ascensos para los militares que lo apoyan traicionando á su jefe, á su gobierno, á su país y á su deber. Dos ó tres revoluciones pretorianas pueden elevar á un oficial inepto y cobarde á los grandes mandos militares. El valor es un mal para los ascensos, porque los *caudillos postores* desconfían de los valientes, y de los ameritados, que por sus naturales ambiciones pueden producir nuevos *cuartelazos*. La regla del sistema pretoriano en su aplicación á la guerra civil crónica es postergar á los militares de mérito que son muy peligrosos y confiar á los ineptos sin pundonor, los altos puestos para hacer de su nulidad una garantía de lealtad.

Pero este procedimiento funesto para las cualidades viriles é intelectuales de un ejército de dar la supremacía á las nulidades para hacerlas inofensivas, no pudo aplicarse al ejército romano obligado á sostener constantes guerras extranjeras ó á perecer. Los emperadores tenían que ser buenos militares ó confiar la defensa de su poder ó de su patria á militares de mérito, ó de lo contrario desaparecer bajo los pies de las huestes bárbaras. Desde el momento en que en un ejército corrompido ingresan jefes de mérito la disciplina comienza á restablecerse, el honor á hablar, el patriotismo á influir, la cobardía á mitigarse, el valor á descubrirse, el heroísmo á prometer.

Esta reacción saludable se verifica siempre en razón inversa del grado de corrupción del ejército pretoriano. Una fruta podrida siempre tiene una parte sana que la caracteriza como fruta; la putrefacción completa haciendo desaparecer completamente el cuerpo organizado no presenta más que líquido orgánico de mal olor. Pues bien, ante la amenaza de la invasión extranjera, esa parte sana del *ejército podrido*, crece, se vigoriza, adquiere importancia : los postergados por su mérito son llamados, los valientes hacen á un lado su *cobardía de especulación*, los ineptos pierden su supremacía en parte y su prestigio, y el ejército aunque *siempre es malo como ejército se modifica* notablemente. Y

digo que siempre es malo, porque una vez verificada la reacción saludable, como nunca alcanza á todos, resulta con un ejército abigarrado con héroes y miserables, con jefes valientes y cobardes, unos probos y otros bandoleros, unos pundonorosos y otros sin vergüenzas. Pero si no se necesita de todo el ejército; un jefe inteligente puede entresacar lo bueno para la campaña. Fué lo que hizo Santa Anna, escogió para la expedición de Texas á los mejores jefes y oficiales, tenía como cuadro á batallones veteranos y con su gran talento de organizador que es imposible negarle, presentó para la campaña, un cuerpo expedicionario valiente, medio disciplinado, sufrido, pero desgraciadamente sin jefe, pues lo era él mismo.

El desprecio de los *leaders* revolucionarios texanos por el ejército mexicano, como veremos adelante, estuvo á punto de causar la ruina de todos sus proyectos de independencia.

*
**

Después de la toma de Béjar por los colonos el 11 de Diciembre de 1835, éstos se disolvieron para entregarse á sus labores agrícolas, dejando un comité legislativo revolucionario, que sostuviese la insurrección á favor de la Constitución de 1824,